

Violencia, desplazamiento y exclusión en *Los migrantes que no importan* de Óscar Martínez

Guadalupe del Rocío Villalobos Macías
Universidad de Guanajuato
gvillalobosmacias@gmail.com

La búsqueda por la sobrevivencia

La crisis humanitaria de los migrantes en México es un tema incómodo al que ningún gobierno ha querido hacer frente de manera efectiva. Aunque se han tomado medidas como el establecimiento de albergues y visas de trabajo, éstas no han parado las violaciones a los derechos humanos que desde hace años han sido perpetuadas por grupos del crimen organizado, policías y civiles hacia los migrantes.

Los migrantes que no importan es un libro que oscila entre la crónica periodística y el testimonio. Sin caer en el efectismo y la nota amarillista, Óscar Martínez narra las experiencias de viaje que viven los migrantes centroamericanos en su camino hacia los Estados Unidos. Siendo él mismo partícipe de ese viaje entre 2007 y 2010 como parte del proyecto “En el camino”, del sitio de noticias *El Faro*. El periodista recorrió los pasos que los más de 250.000 migrantes recorren cada día por México para llegar al país norteamericano.

Los migrantes que llegan a la frontera sur de México, menciona el cronista, saben que el camino por la sobrevivencia no termina al abandonar sus países de origen, de los cuales huyen debido a diversas razones, incluyendo la extorsión, amenazas de muerte, pobreza e inseguridad. Por ello, el exilio se convierte en la única manera de mantenerse con vida y poder acceder a una vida menos miserable –en una entrevista realizada por el portal Foco Tv, le preguntaron al periodista Óscar Martínez la razón por la que migran las personas, “¿por qué se arriesgan?” le cuestionaron, este respondió: “aunque la mayoría migra por un futuro mejor, la verdad es que muchos “huyen porque aspiran a no tener una vida miserable”. (Martínez, YouTube)–. La violencia que enfrentan en México no difiere de la que huyen. Desde hace años el sistema mexicano se ha ido deteriorando debido a la implementación de prácticas neoliberales y dinámicas de necroempoderamiento; en el que policías, políticos y grupos del narcotráfico se han beneficiado dentro de un segundo Estado que actúa

de manera paralela dentro del orden constitucional (Maldonado 235), donde los cuerpos son sacrificados sin consecuencias y en total impunidad. Estas ideas desarrolladas por la filósofa Sayak Valencia en su libro *Capitalismo Gore* nos permiten acercarnos a la obra de Martínez desde una perspectiva política y social. En los siguientes apartados, se analizarán algunas crónicas del periodista junto con las ideas de Valencia, con el propósito de reflexionar sobre las violencias narradas y las capas sociales que atraviesan dichas prácticas.

La violencia en el capitalismo gore

Sayak Valencia afirma que, si antes el capital se relacionaba con la acumulación de riqueza, en la lógica del capitalismo gore la vida humana y los cuerpos son concebidos como parte de los “procesos de producción del capital”. En este sentido, hay que entender al capitalismo gore como prácticas violentas que subvierten las prácticas del mercado tradicional con el fin de obtener control y poder, o en el caso de las ciudades fronterizas –donde se centra su estudio–, como una forma de subsistir al salvaje sistema neoliberal que ha acelerado y modificado la dinámica en el sistema capitalista (Valencia 15).

En este contexto es que los subalternos deben encontrar métodos y formas para enfrentarse al “primer mundo”, donde la precarización los orilla a integrarse en dinámicas “ultraviolentas para hacerse de capital” (Valencia 10). Estas prácticas tienen una estrecha relación con el crimen organizado, la violencia de género y los usos predatorios de los cuerpos, puesto que dentro de este sistema las vidas humanas son concebidas como moneda de cambio, por lo que el derramamiento de sangre es el precio a pagar por obtener poder y control social.

La ruta migrante por México

Las crónicas recopiladas en el libro de Óscar Martínez exponen las consecuencias de las dinámicas del capitalismo gore, así como la forma en la que los migrantes les hacen frente dentro y fuera de su país. En la crónica “En el camino”, que inaugura el libro, el autor nos presenta la historia de tres hermanos sal-

vadoreños: Auner, Pitbull y El Chele, quienes huyen a causa de la intimidación por parte de las pandillas salvadoreñas. Martínez cuestiona a Pitbull sobre por qué decidió salir de su país: “huyo porque tengo miedo de que me maten” (Martínez), le responde al cronista. La violencia que se vive en El Salvador y en los países centroamericanos tiene su origen en las políticas instauradas por Estados Unidos entre los años 70 y 80 (Martínez, Youtube), esta afirmación se relaciona con la propuesta de Sayak Valencia, quien menciona que “la crudeza en el ejercicio de la violencia obedece a una lógica y unas derivas concebidas desde las estructuras o procesos planeados en el núcleo mismo del neoliberalismo, la globalización y la política” (Valencia 17).

Si la violencia dentro de este sistema se debe a una forma de subsistencia alternativa, Valencia se pregunta: “¿Qué formas convergentes de estrategia están desarrollando los subalternos –marginalizados– bajo las fuerzas transnacionales del Primer mundo?” (16). Es decir, ¿qué están haciendo las personas que no están accediendo a las ventajas que el capitalismo promueve para acceder a una mejor calidad de vida? Respondiendo a esta pregunta con las crónicas de Óscar Martínez: los migrantes tienen dos opciones para sobrevivir en sus países: huir o integrarse a las pandillas. Siendo esta última una práctica de validación que les permite mantenerse con vida y acceder a un capital estable por medio de la extorsión y la violencia.

Pitbull trabajó de albañil, de ayudante de mecánico, de carga bultos en el mercado. Todo era provisional. Todo era acostumbrarse a aquel pueblo con aires de ciudad. Un tiempo para hacer amigos y volver a vivir en esa cuerda floja que lo mantiene siempre en el límite de convertirse en cadáver. Esa misma donde caminaba en El Salvador, decidiendo si no era mejor ser como sus amigos, meterse en la pandilla, ganarse el miedo con el que se trata esa familia de desahuciados (Martínez).

Las pandillas centroamericanas suponen un proceso de necro-empoderamiento, ya que a partir de la intimidación y la pedagogía del miedo obtienen control social. Estas actividades les permiten establecer dinámicas de mercado que responden a la

acumulación de riqueza por medio de la violencia: “Escapaban de las pandillas que les arruinaron su panadería cuando les impusieron una renta impagable: 55 dólares semanales o la vida” (Martínez 15). Los sujetos que se encuentran en este medio entre la vida o la muerte deben encontrar métodos para poder subsistir, por ello, integrarse a los grupos criminales es una opción no solo para sobrevivir, sino también para evitar desplazarse a otro país.

El capitalismo gore también está relacionado con prácticas hetero-patriarcales en las que hay un interés por acceder a una validación masculina que se consolida por medio de dinámicas machistas, mismas que potencializan la violencia dentro del estado de legalidad. Según Valencia:

[en] este sistema de órdenes y contraórdenes (cuyo origen tiene reminiscencias colonialistas) donde los individuos raramente tienen la oportunidad de postularse como sujetos agentes, no es de extrañar que «los jóvenes desempleados, repletos de testosterona y a menudo armados» decidan unirse a la mafia o crear ellos mismos sus propias mafias, como una forma de cumplir las órdenes y consignas del capitalismo machista y hetero-patriarcal mediante las cuales se rige Occidente, ya que solo a través de este discurso heredado se sienten legitimados y empoderados (Valencia 74).

Martínez le pregunta a Pitbull sobre su paso por la cárcel: “¿Y para qué le sirve ser temerario? Pues para ganar reputación. ¿Y cuando es ese joven es más respetado? —continúa el cronista—, cuando tiene lágrimas negras en el rostro, cuando siendo niño tiene el currículum de un sicario, cuando dentro de la cárcel él es el que manda y no quien entrega su Bermuda y sus tenis en las duchas” (Martínez 16). El pitbull es un sujeto que representa dos caras; por un lado, es el joven que es desplazado a causa de la violencia de las pandillas, y por el otro, es alguien que debido a su contexto de marginalidad termina por convertirse en un sujeto endriago, al menos, dentro del contexto que le permite este papel, la cárcel.

Los sujetos endriagos en el *Capitalismo Gore*

Los sujetos endriagos son definidos por Valencia como “nuevas figuras discursivas que conforman una episteme de la violencia y reconfiguran el concepto de trabajo a través de un agenciamiento perverso, que se afianza ahora en la comercialización narcopolítica del asesinato” (Valencia 20). Ejemplo de esto serían los políticos que se relaciona con grupos del narcotráfico, permitiendo el secuestro o la violación a los derechos humanos, por un beneficio propio; o el caso de policías y militares que haciendo uso de su posición de poder, violentan la integridad de la sociedad por un beneficio económico o por la búsqueda de reconocimiento grupal.

El Pitbull es un sujeto endriago, porque debido a la posición de marginalidad en la que se encuentra, integrarse a las maras es la manera de mantener cierto control de su situación. Ya que, en este espacio, encuentra validación y seguridad, aspectos que lo alejan de la situación de vulnerabilidad en la que se encontraba; sin embargo, esto no lo excluye del peligro. El cronista nos narra que Pitbull y sus hermanos abandonaron El Salvador debido a las amenazas de muerte por parte de las pandillas, estas advertencias alcanzarían a su madre mientras ellos se dirigían a los Estados Unidos.

El sistema que evidencia Óscar Martínez permite entender la falla de un sistema gubernamental que no ha sabido hacer frente a las problemáticas sociales, situación que ha fragmentado al país salvadoreño y ha llevado a que los jóvenes se integren a los grupos delictivos como modo de supervivencia. Sobre esto escribe Martínez: “Si unos escapan por la pobreza, otros de la imposibilidad de superarse, pero muchos, de la muerte. Esa muerte que todo lo cruza y que toca a jóvenes y viejos, a hombres, mujeres, a pandilleros y policías” (24).

Los sujetos endriagos, menciona Valencia, “contradicen las lógicas de lo aceptable y lo normativo como consecuencia de la toma de conciencia de ser redundantes en el orden económico” (Valencia 20-21). Es por ello que se puede encontrar dentro del sistema gore a policías corruptos o civiles coludidos

con los grupos criminales, ya que debido a la lógica del necro-empoderamiento, no solo los que se encuentran en la marginalidad buscan formas de enriquecimiento por medio de la violencia, sino también aquellos que se encuentran dentro del marco de la “legalidad”.

Ejemplo de esto es narrado en la crónica “Aquí se viola, aquí se mata” (Martínez 29), donde el cronista nos narra cómo policías, indígenas y campesinos engañan a los migrantes centroamericanos con el objetivo de venderlos al narcotráfico, robarles el poco dinero que tienen o secuestrarlos con el propósito de pedir rescate por ellos a sus familiares. Martínez menciona que Chiapas es uno de los lugares más violentos para ser migrante:

Si tuviera que ubicar cuál es el punto concreto de la ruta migrante donde un centroamericano transita más desprotegido, donde pueden hacerle lo que quieran, donde sus gritos nadie escucha, nombraría La Arrocera. Si me preguntan por qué diría que, porque en un año en el camino supe de cientos de asaltos ocurridos ahí, de decenas de historias de golpistas, escuché testimonios de asesinatos de mujeres violadas que gritaban en esos montes, pero nadie escuchaba (Martínez).

Las palabras del periodista preceden el testimonio de Paola, quien llegó con 45 personas a la localidad de Ixtepec, la primera ciudad a la que se llega después de cruzar la frontera con Guatemala y donde fueron asaltados y secuestrados muchos de ellos. Para ella y todos los migrantes ese es un “territorio de maleantes”. Ya que es un lugar donde las autoridades no buscan a los desaparecidos y donde la policía rural trabaja junto con los grupos de trata de personas. La complicidad de la policía con grupos delictivos ha derivado en la perpetuación de actividades ilegales en contra de los migrantes.

Los hoy asaltantes empezaron hace años como jornaleros de los ranchos que veían pasar a filas y filas de indocumentados centroamericanos escondiéndose de las autoridades. Hasta que a alguno se le encendió el foco: si ocupan estas sendas para evitar a las autoridades, quiere decir que nunca se les ocu-

rrirá buscarlas ni siquiera para denunciar un asalto, una violación o un asesinato (Martínez 79).

La situación en Chiapas responde también a las prácticas propuestas por Valencia, ya que son los grupos sociales en situaciones precarias los que toman la vida de los migrantes como una forma de integrarse a los roles que ha establecido el capitalismo gore en estos espacios, puesto que los sujetos endriagos hacen de la violencia extrema una forma de vida, de trabajo, de socialización y de cultura” (Valencia 93).

Tres indígenas se acercan con diferencia de minutos. Enjutos, con caras bondadosas y sandalias de caucho. Todos vienen con mentiras. Dicen que nos llevarán a sus casas, en un pueblo intermedio. Dicen que ahí dormiremos bien y tendremos un plato de frijoles con tortillas para llenar la panza. Que solo cobran 150 dólares por grupo. Que el bus que esperamos no saldrá. Son una panda de timadores. El bus sí saldrá y su precio es de ocho dólares por cabeza (Martínez 18).

La impunidad también es un elemento relevante para comprender el estado de violencia que sucede en esta zona de Chiapas y en otras partes de la ruta migrante. Esta confabulación entre autoridades y el crimen organizado ha silenciado las muertes y las desapariciones, evitando su difusión en medios. “Del viaje en tren, donde hubo cientos de asaltados, donde hubo al menos tres muertos y varios heridos y tres secuestrados, no se escribió ni una letra en ningún periódico. Nunca llegó ni la policía ni la Fuerza Armada. Nadie ha puesto denuncia” (Martínez 223).

Los migrantes sí importan

En el año de 2010 en la ciudad de Tamaulipas, fueron encontrados 72 migrantes centroamericanos –El crimen fue cometido por cartel de Los Zetas entre el 22 y 23 de agosto de 2010 en el ejido de El Huizachal, municipio tamaulipeco de San Fernando. Las víctimas fueron 72 migrantes de diversos orígenes en tránsito por México con rumbo a los Estados Unidos. Dentro de las investigaciones se determinó que policías estuvieron involucrados en el secuestro–. Los migrantes que eran trasladados en dos camiones

fueron secuestrados por policías y conducidos a una bodega donde fueron entregados al grupo delictivo, los Zetas. Este acontecimiento es solo una muestra de las prácticas de necro-empoderamiento que, a pesar de la distancia, siguen sucediendo en la actualidad, en las que se toma la vida de otros para perpetuar dinámicas de control social y donde son los cuerpos la moneda de cambio. Aunque existen albergues como el del padre Alejandro Solalinde “Hermanos del Camino” fundado en el año 2007, y reconocido como labor humanitaria en favor de los migrantes –el albergue fundado por el Sacerdote Alejandro Solalinde ha llegado a atender a 20,000 personas al año. “La organización ofrece asistencia humanitaria a personas migrantes, brindándoles alimentos, hospedaje, apoyo médico, psicológico y asesoría jurídica y legal”–, para Martínez los albergues no garantizan del todo la supervivencia ya que muchos de ellos son vigilados por grupos del narcotráfico.

Óscar Martínez forma parte de la nueva generación de cronistas que se ha adentrado en situaciones peligrosas con el objetivo de registrar las voces de aquellos que han huido de su país por algo mejor y han sido excluidos por el nuestro. El autor impone la palabra de los migrantes sobre la suya con el propósito de que sean ellos y no él quienes evidencien la urgencia de la problemática. Martínez expone sus reflexiones y lejos de llegar a una conclusión nos deja las siguientes interrogantes: ¿Cómo se narra lo inefable?, ¿cómo se narra la muerte y la desaparición de aquellos que nadie busca?, ¿qué hacer frente a las dinámicas violentas donde los cuerpos son desechables?, ¿qué lugar tiene la escritura dentro de esta dinámica? Sin llegar a ninguna respuesta, quizás podríamos comenzar por detenernos a mirar más allá de nuestras cuatro paredes y decir una y otra vez hasta que se haga justicia: los migrantes sí importan.

Referencias

- Jossa, Emanuela “Vidas precarias: los migrantes centroamericanos en las crónicas de Óscar Martínez”. *Cahiers d'études romanes*, núm.38. 2019: 115-128.
- Maldonado, Carlos Eduardo, “Conceptualización de la guerra y el conflicto”. *Biopolítica de la guerra*,

- Colombia: Siglo del Hombre Editores. Universidad Libre. Facultad de Filosofía, 2003.
- Martínez, Óscar. *Los migrantes que no importan*. México: Penguin Random House, 2021.
- Martínez, Óscar, “Migrantes: la tragedia sin respuesta”. Entrevista de Foco Tv. 30 de junio del 2019. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=YXsKQezekn0>
- “Masacre de San Fernando, Tamaulipas - Masacre de los 72 migrantes”: <https://www.cndh.org.mx/noticia/masacre-de-san-fernando-tamaulipas-masacre-de-los-72-migrantes>
- Sitio oficial del albergue “Hermanos en el camino”: <https://pbi-mexico.org/es/con-quienes-trabajamos/personas-defensoras-y-organizaciones-en-riesgo/oaxaca/casa-del-migrante>
- Valencia, Sayak. *Capitalismo Gore*. España: Melusina, 2010.